

TEATRO  
COLECCIÓN "PREMIO BUERO VALLEJO"

# PERICLES Y EL MANZANO

*Damián TORRIJOS*



Damián Torrijos

Pericles y el manzano

**Premio de Teatro BUERO VALLEJO**

**«Ciudad de Guadalajara» 1995**

**EDITA: PATRONATO MUNICIPAL DE CULTURA  
AYUNTAMIENTO DE GUADALAJARA**

**DISEÑO: LEONA**

**IMPRIME: GRÁFICAS MINAYA, S. A. - GUADALAJARA**

**ISBN: 84-87874-16-9**

**DEPÓSITO LEGAL: GU-123/1996**

# PERICLES Y EL MANZANO

*Damián Torrijos*



## **Dramatis Personae**

EL PRÍNCIPE

*(de un país que no se cita, que tanto da)*

EL MAESTRO DE ESCENA

*(autor de dramas bajo contrato)*

EL MINISTRO

*(petimetre)*

LA DAMA ELVIRA

*(primera actriz)*

EL DUQUE DE SANTAESPINA

*(su esposo, su tía, perito vacuno)*

La acción transcurre en la sala de ensayos de un palacio dieciochesco. Pero importa poco.





*(Luego, cuando la luz lo permite, la escena parece un hermoso caos de paradojas; hay severos arcones de transporte, grandes lamparones de pintura, trapos en desorden, y también columnas de Salomón, pan de oro, seda y brocados. Se supone que los prietos tapices en la pared cubren con eficacia las ventanas. En el centro se levanta una tarima de madera; tiene la tarima una candileja de grandes velas blancas; hay además una diabla de bujías. A ambos lados se disponen sin concierto los taburetes. Al fondo y en la sombra apenas se distingue una cómoda butaca.*

*Por ahora, sin embargo, la estancia y su contenido son un misterio. A la luz de las velas sólo se aprecia la rara figura del príncipe, que ensaya su Pericles. Viste una levita dorada y divertidas calzas de pedrería. Sobre el rico artificio de la peluca tiemblan grandes plumas. Todo en él es afectación y extravagancia. Cuando recita imposta la voz hasta rozar los límites del ridículo; se desplaza como un delicado bailarín de minuetos).*

PRINCIPE.- "En camino estoy entonces. No arrojéis, divino Hipómenes, preciosas manzanas que me entretengan: rechazo pues la holganza de este lecho, la tibia blandura de esta sábana, el calor de estas paredes. ¿Qué os impulsa, buen Dios, a darme la tentación del sosiego? Dadme la dura piedra, la noche fría, la bestia o el alacrán, y permitid que rechace la rica fruta, que no seré esta noche Atlantis".

MAESTRO.- *(Su voz desde la penumbra)* Atalanta.

PRINCIPE.- "...esta noche Atalanta. No, así que los vientos..."

MAESTRO.- Y, sire, no "manzas". Oid: "no arrojéis, divino Hipómenes, preciosas manzanas...". Manzanas, sire.

PRINCIPE.- Habrá manzanas en tu papel. En mi papel hay manzanas (*y toma un legajo del suelo y lee*), "preciosas manzanas que me entretengan".

MAESTRO.- ¿Puedo preguntar, sire, qué cosa bajo el cielo, o sobre él, o donde os plazca, es una maldita manza?

PRINCIPE.- Si fueras un caballero lo diría con gusto. Y dónde puedes poner tus manzanas. Pero sólo eres el autor de las manzanas, y si tú no sabes qué cosa es una manza que Dios nos valga.

MAESTRO.- Escribí "manzanas". Hablaré con el copista. Y ahora, sire, si os place...

PRINCIPE.- (*Molesto, el príncipe continúa su monólogo*) "Dadme la dura piedra, la noche fría, la bestia o el alacrán, y permitid que rechace la rica fruta, que no seré esta noche... esta noche..."

MAESTRO.- Atalanta.

PRINCIPE.- "...que no seré esta noche Atalanta. No así que los vientos me desgarran; no, aunque lloviera espadas. Ved cómo aparto de mí la dulce invitación del sueño. ¿No soy yo Pericles y no soy el rey de Atenas? ¿Acaso no vi la estrella? ¿No fue mi promesa...? (*Pero el príncipe parece de pronto reflexivo, y habla enseguida con su propia voz*) ¿Por qué dices, señor maestro, la dura piedra?"

MAESTRO.- (*Urgente*) "¿No fue mi promesa la vigilia, el dolor y el camino?"

PRINCIPE.- No, no... ¿Por qué la dura piedra? ¿Hay piedras blandas?

MAESTRO.- Sí, creedme.

PRINCIPE.- No te creo. Bien, si las piedras duras son piedras, ¿qué son las piedras blandas? ¿Son manzanas?

MAESTRO.- Que Dios nos ampare.

*(El maestro de escena va alumbrando velas; a su luz se distingue ahora que no es exactamente delgado ni completamente obeso, ni alto ni bajo, y hasta parece anodino su vestuario. Es, eso sí, un hombre marcial y severo).*

PRINCIPE.- El dinero es mío: yo te amparo. Y prefiero entender las palabras que pago. Dije un texto hermoso. No largo, ni confuso, ni errático.

MAESTRO.- ¿Errático?

PRINCIPE.- Hermoso. Punto.

MAESTRO.- ¿Os parece errático? ¿Qué entendéis por errático?

PRINCIPE.- ¿Ahora soy Pericles?

MAESTRO.- Sois el príncipe.

PRINCIPE.- Entonces entiendo lo que sea mi voluntad. Al texto le sobran palabras. ¿No puede ser más preciso?

MAESTRO.- ¡Señor! ¡Las palabras le dan precisión!

PRINCIPE.- Tonterías. Tomas una idea y la envuelves con palabras, y haces un lazo con palabras, y venga nudos. Es difícil abrir el paquete, señor mío.

MAESTRO.- No para un hombre hábil.

PRINCIPE.- ¿Qué me habéis llamado, señor?

MAESTRO.- Nada.

PRINCIPE.- Mejor.

MAESTRO.- *(En un repentino ataque de ira)* ¡Impaciente! ¡Os he llamado impaciente!

*(Hay un silencio tenso. Luego, ambos gritan a un tiempo lanzándose miradas terribles, blandiendo el índice y la bujía).*

PRINCIPE.- ¡Te haré freír por tu insolencia! ¡Bla-bla-bla! Patético idiota, torpe grandísimo pedorro, ¿tengo, por Dios, la menor obligación de soportarte? ¿Soy tu esclavo? *(Da de palmas)* ¡Ministro! ¿Soy su esclavo? ¿Soy el príncipe! Y harás ni más ni menos lo que yo ordene, ¡yo!

MAESTRO.- ¡El infierno me confunda si borro una palabra! ¡No podéis inventar las reglas, sire, así fuérais Nuestro Señor Jesucristo! ¿Sois Esquilo? ¿Queréis menos palabras? ¡Escribid vos! Diréis ni más ni menos lo que yo escriba, ¡yo!

PRINCIPE Y MAESTRO.- ¡Y espero que quede claro!

*(Se estudian; se amenazan en silencio).*

PRINCIPE.- ¡Impaciente!

*(Entra el ministro a la carrera: es un tipo pequeñito y enjuto que se mueve sin embargo con la pesadez de un ministro gordo. Enseguida se hace evidente que el ministro no ve con buenos ojos al maestro de escena).*

MINISTRO.- ¿Sire?

PRINCIPE.- ¿Soy yo un hombre impaciente?

MINISTRO.- ¿Puedo pensarlo, sire?

PRINCIPE.- ¡Habla ahora, especie de manza! ¡Hoy! ¿Parezco yo un hombre impaciente?

MINISTRO.- Digo yo que no, sire.

PRINCIPE.- (*Súbitamente, la ira deja paso a una simpatía melindrosa*) ¿Lo ves? ¿Soy un hombre ocupado, maestro. Si además de tener ideas tuviera que escribirlas, ¿qué sería de mí? Si tú las escribes y resultan...

MAESTRO.- Erráticas.

PRINCIPE.- ...espesas, si lo son, maestro, ¿qué iba a ser de mí? ¡La dura piedra! (*Al ministro*) Agua (*y el ministro va saliendo. El príncipe tiene ahora un rictus de malicia*) Espera: agua líquida, por favor, en un cuenco cóncavo. Anda. Con tus pies. (*Y el ministro sale por fin*) ¡La dura piedra!

MAESTRO.- No sé hacerlo mejor.

PRINCIPE.- Hazlo peor. Más pequeño. No bla-bla-bla, sino bla. Di bla.

MAESTRO.- Bla.

PRINCIPE.- (*Extático*) ¡Bla! ¿No ves, maestro, qué contundencia? ¡Qué mágica expresividad! ¡Bla! Mi drama es simple; quiero palabras simples. No quiero que la Corte se distraiga en tus palabras: la quiero sujeta a mi idea. ¿Lo tienes, maestro? Mira (*y exhibe el rico vestuario*), ¿no es una maravilla? Toda palabra de más es un despiste. El arte, señor, es el ejercicio de la prudencia. Prudencia. Economía.

(*Entra el ministro con el agua y un rollo de papel bajo el brazo*).

MINISTRO.- Sire, la dama Elvira está aquí.

PRINCIPE.- ¡Elvira! Ah, maestro, si hubieras escrito "la dura Elvira" no tendría nada que objetar. Verdaderamente tiene el corazón de piedra.

MAESTRO.- Que pase. Ensayaremos su escena.

PRINCIPE.- Que pase la piedra Elvira. *(El ministro no hace ademán de salir) ¿Y?*

MINISTRO.- La lista, sire *(y le tiende el rollo)*.

PRINCIPE.- ¡La lista puede esperar!

MINISTRO.- Sire... Os lo ruego.

*(El príncipe toma el papel con violencia y el ministro sale con prisas).*

PRINCIPE.- Por todas partes palabras. ¿Sabes que guardo aquí? La muerte escrita con largas palabras negras. *(Arroja el papel sobre un arcón. Un recuerdo inmediato le sacude)* ¡Elvira! ¿Estoy hermoso?

MAESTRO.- Me estremezco.

PRINCIPE.- Elvira no se estremece. *(Hay ruido de pasos. El príncipe habla sin mover los labios)* Mírala. Quieta y pura como las piedras.

*(Entra la dama Elvira. Es una mujer joven, exquisita y recatada, que apenas roza el suelo).*

ELVIRA.- Sire...

PRINCIPE.- Llegáis a punto, Elvira. *(El príncipe, con esfuerzo evidente improvisa una lisonja)* Ojalá fuerais siempre tan generosa como cuando dais las horas.

MAESTRO.- (*Al príncipe, a la oreja*) Muy largo.

ELVIRA.- Ya sé mi papel, maestro. Y en esto se engaña el príncipe: soy egoísta. Sé mi papel y quisiera también el vuestro: "No arrojéis, divino Hipómenes, preciosas manzanas que me entretengan" (*El príncipe no disimula una mirada de éxito; el maestro se deja caer en un taburete*) ¡Y esa pastora! ¡Qué palabras!

PRINCIPE.- A eso iba, Elvira. ¡Qué exquisitas palabras! Sentaos, señora, que estoy en tesis. Que me preste su atención el maestro de escena. Tesis: tantas palabras y tan hermosas constituyen soberbia.

ELVIRA.- ¡Señor, qué desvarío!

PRINCIPE.- Hipótesis: si el autor se ajusta a la idea, y la idea es mía, y yo soy el príncipe, las pocas palabras lucen más. Vamos con el argumento.

ELVIRA.- ¡Un minuto! Respetad el prólogo, sire, si me queréis complacer.

PRINCIPE.- Sí quiero. Nada me produciría tanto gusto. ¿Ensayo hoy el prólogo? No hay prólogo.

ELVIRA.- Yo sé el prólogo. (*La dama Elvira se adelanta en la tarima, enfrentada al público*) "Pericles y el Manzano. Oíd, hombres y mujeres, la fábula de Pericles camino de Belén. Hay nuevas en Belén que se escriben en el cielo, y hombres en la tierra que saben leer las estrellas. Se os dice por gentileza de su Alteza Real el príncipe, que ideó esta feliz sorpresa para su cena de Navidad. Saluda y sale."

MAESTRO.- (*Con suspiros de paciencia*) No digáis las acotaciones.

PRINCIPE.- Atención: al grano en pocas palabras. Yo salgo. (*Imposta la voz. Ilustra su relato con mimos grotescos*) Yo soy Pericles y

(Sale la dama Elvira).

MAESTRO.- El manzano, sire. (*El príncipe no entiende*) "No arrojéis, divino Hipómenes, preciosas manzanas que me entretengan" (*El príncipe sigue confuso*) ¡Africanados! Decís vuestro papel y no lo habéis entendido. ¿Conocéis el mito? Hipómenes ama a Atalanta, que es, por cierto, la mujer más rápida del mundo. Atalanta -ved qué conflicto- se apuesta a sí misma a la carrera. Si vence Hipómenes, Hipómenes la tendrá; si pierde, es hombre muerto. En la carrera, el joven arroja al suelo tres manzanas de oro y Atalanta sucumbe a la tentación: se detiene a recogerlas. Hipómenes, desde luego, gana la carrera. Y ahora al texto. Pericles, camino de Belén, da con el manzano. Imaginad el cansancio de Pericles, la hierba bajo el árbol, la fragancia de la fruta. Pericles no se detiene; toma una manzana y es para Jesucristo.

PRINCIPE.- Veo la moraleja, ¿y bien?

MAESTRO.- La duquesa es el manzano. Señor, faltan tres días para el estreno, ¡no perdáis el tiempo! ¡Disciplina! No imagináis el infierno que puede desencadenar vuestra lujuria. Que Dios tenga compasión si convertís el ensayo en un lupanar. Mirad, sire: nunca, jamás os enamoréis de una actriz si habéis de trabajar con ella.

(*Entra el ministro*).

MINISTRO.- ¿Sire?

PRINCIPE.- ¿Ahora soy Pericles?

MAESTRO.- (*Con resignación*) Sois el príncipe.

PRINCIPE.- Será mía. (*Al ministro, dictando*) Circular al Duque de Santaespina: señor: una vez más tengo el doloroso deber de



informar que vuestra solicitud de traslado no puede ser atendida. Vuestro servicio en esa plaza es impagable. Sois un gran hombre. Simpático de veras. Permaneceréis en vuestro destino con nuevas órdenes: debéis presentar inventario de... gallinas ponedoras. Y ganado lanar. Vuestro informe sobre la cabaña vacuna ha sido de enorme interés para la Corona. Lamentando etcétera, yo, el príncipe. Valija urgente sin copia.

MINISTRO.- Al momento, sire. Sire...

PRINCIPE.- Te repites, ministro.

MINISTRO.- La lista, sire.

PRINCIPE.- ¡La lista! *(El ministro sale con grandes reverencias. El príncipe parece de pronto muy cansado)* ¿Crearás que inventé a Pericles para olvidar la lista? Tu pequeño Estado es más simple. ¿Qué hace un actor cuando se enfrenta al mundo?

MAESTRO.- Un actor nunca se enfrenta a él.

PRINCIPE.- ¿Qué harías tú? Si ese Estado fuera tu escena, ¿qué harías?

MAESTRO.- Diría mi papel.

PRINCIPE.- ¡Qué piadosa mentira es tu país! En el espacio de cuatro tablas eres el Gran Persa, o Bruto, o Zeus; y mil hombres mueren, o uno sólo y muy grande, o todos los hombres, y no muere ninguno. ¿Sabes, maestro? En la lista hay cuarenta nombres. Si añadido el mío, cuarenta morirán esta noche. Y sin embargo soy la primera víctima.

MAESTRO.- ¿Vos moriréis esta noche?

PRINCIPE.- No. Yo viviré.

MAESTRO.- No leáis el papel.

PRINCIPE.- No tengo opción. ¿Qué harías tú? Si tu papel fuera el príncipe, ¿qué harías?

MAESTRO.- Escribiría un monólogo. Una alusión a las Moiras, que tejen mi destino y el destino de los hombres; una compleja estructura de anáforas; al fondo, al centro, la voz sería un susurro; avanzaría hacia el proscenio con una sutil graduación de volumen. Si queréis la compasión del público, un grito sin formas; si queréis su desprecio, una modulación sin énfasis y aflautada. Firmaría, por supuesto.

PRINCIPE.- Digamos que no hay público.

MAESTRO.- Yo os miro.

PRINCIPE.- Son traidores.

MAESTRO.- Son las Moiras. ¿Cuál es su traición?

PRINCIPE.- No soy su juez; soy su príncipe. No conozco los delitos ni las caras. La lista me desconcierta, maestro. Es fácil odiar un rostro, pero no aprendo a odiar sus nombres. ¿Cómo puedo sentenciar a un espectro? (*Suspira*).

MAESTRO.- ¿Queréis un consejo?

PRINCIPE.- Te lo suplico.

*(El maestro mira a ambos lados con prudencia y se sienta junto al príncipe. Hablan bajo y despacio; parecen dos conspiradores).*

MAESTRO.- Vuestro país y el mío no se distinguen. Ambos precisan una dirección firme y un hombre que no conozca titubeos. A vos especialmente se os prohíbe la emoción, sire, y no debéis

suspirar por ella. ¿Tenéis que firmar? Firmad. Os he observado y no sería leal si ahora callara mis temores: sois demasiado indulgente.

PRINCIPE.- ¿De veras lo soy?

MAESTRO.- ¡Señor, y cómo! Indulgente y confiado. ¿Queréis un ejemplo? Las tropas.

PRINCIPE.- ¿Qué hay?

MAESTRO.- La estrategia no es correcta. Habéis dividido la tropa en pequeñas compañías, aquí y allá, dispersas, incomunicadas. ¿Acaso no lo veis? Demasiadas cadenas de mando. Demasiadas órdenes que se cruzan. Un sólo ejército enemigo, sólido, compacto, barrería vuestras tropas.

PRINCIPE.- No, no... La dispersión le da eficacia.

MAESTRO.- La defensa es imposible. Sire, debéis reorganizar la tropa; menos unidades y más eficaces.

PRINCIPE.- No. (*Enfático*) Son águilas en sus oteros.

MAESTRO.- Son moscas cojoneras. Bien: disolved el Tercio de Riberas; replegad los regimientos del norte hacia el interior, y agrupad en el golfo las banderas de infantería. ¿A quién tenéis en el sur?

PRINCIPE.- Santaespina y Colodrón.

MAESTRO.- Colodrón es suficiente. Fino estratega, sí señor. Santaespina...

PRINCIPE.- ¡No tocarás al duque! Le quiero lejos de la dama Elvira. (*Se levanta inquieto, cómico y barrondo como un adolescente enamorado*) ¡La piedra Elvira! ¿No hay manera de conmovier ese

corazón? ¿Pueden preocuparme los mariscales si me tiene derrotado una sola mujer impasible? Perdí el tiempo con Pericles; ojalá hubiera ideado un... *(Se detiene de pronto pensativo. Una ocurrencia sacude al príncipe, que ahora sonríe torvamente)*  
¡Maestro!

MAESTRO.- *(Primero no entiende; enseguida da un respingo)* ¡No!

PRINCIPE.- No es preciso cambiar una palabra. Matices del drama.

MAESTRO.- Os digo que no.

PRINCIPE.- No espero un beso; quizás un abrazo; un leve contacto...

MAESTRO.- Imposible. Lo he visto antes, señor. Os advierto: no debéis cortejar a una actriz en escena. ¡Sería una blasfemia!

PRINCIPE.- No me das alternativa. Repasemos el contrato. Yo, el príncipe, te doy la sustancia; tú, maestro de escena, le das forma. Yo pienso, tú escribes. Yo pago.

MAESTRO.- No podéis comprar el arte. Vos habéis pagado un milagro. ¡Pericles en Belén! ¡Es una idea absurda!

PRINCIPE.- No pido tanto. Mirad: al grano en pocas palabras. Yo llego, saludo, le tomo de la mano, la estrecho así, acaso la rodeo con mis brazos, así, con ambos, ¡qué cintura!, y...

MAESTRO.- ... y arderéis en el infierno. Tal vez debería recordar a su alteza qué papel ensaya la dama Elvira.

PRINCIPE.- ¡Bah! ¡Menudencias!

MAESTRO.- ¡Es la Virgen María! ¿Pretendéis que Pericles llegue a Belén, dé las buenas tardes, y se arroje sobre la Virgen María? ¿Qué hacemos con San José?

PRINCIPE.- Lo que te plazca, porque me place.

MAESTRO.- ¡No soy una puta, señor!

PRINCIPE.- Dios me guarde de sugerirlo. ¿Cuánto os pago?

MAESTRO.- Diez escudos que no negocio.

PRINCIPE.- Veinte.

MAESTRO.- Me insultáis. En vano ofrecéis treinta escudos. ¿Os parezco un Judas?

PRINCIPE.- Cuarenta escudos.

MAESTRO.- Hecho. ¡Pero no cambiaré una palabra! Que todas las musas me perdonen. Por última vez os anuncio la catástrofe, sire. ¿No lo vais a pensar mejor?

PRINCIPE.- Me siento mejor cuando lo pienso. ¡Al ensayo! *(A gritos)*  
¡Ministro! Ah, maestro, ¿no aprecias qué delicada es la trama? Será mía ante la Corte, y entre tantos testigos no habrá uno que sospeche. Doy gracias al cielo por mi ingenio. *(Con palmas)*  
¡Ministro! ¡El diablo te confunda! El príncipe va en pos de su ministro, ¡el mundo del revés! Voy en su busca, maestro, que ahora entiendo la urgencia: aprovecha los minutos que te doy, y piensa *(Y va saliendo dando voces)* ¡Ministro!

*(En cuanto el príncipe sale de escena por su izquierda, el ministro asoma la cabeza por el lado opuesto; recorre la estancia con torpes precauciones, invocando el silencio del maestro. Pronto se dirige a él con aspecto fiero).*

MINISTRO.- ¡Yo te maldigo, pelagatos, piojo, saco de vergüenzas!

MAESTRO.- Yo también os deseo un buen día. ¿Qué se le ofrece al ministro?

MINISTRO.- Tu vida o mi dinero.

MAESTRO.- Conformaos con mi paciencia, y os invito a ese ejercicio. No dije que fuera fácil, y según mis cuentas tenéis tres días todavía.

MINISTRO.- Por cuarenta ducados esperaba cierta ligereza. Ahora veo por qué sois una raza de pecadores, ¡gente sin corazón! ¿No os confesé que la amaba? ¿No caí de rodillas? ¿Tal vez os pedía un milagro? ¡Un beso, maestro! ¡La caricia de su mano! (*Saca un puñal el pobre tipo*) ¡Una vida quiero! Estás muerto.

MAESTRO.- Me mata vuestra desconfianza. Y guardad la navaja, que corta. Os prometí los favores de la señora, pero tened presente la dificultad. Vos sois San José; ella es la pastora. Me pedís que escriba un evangelio, ministro.

MINISTRO.- Cuarenta escudos hacen un contrato.

MAESTRO.- Que voy a cumplir esta mañana. El príncipe ha salido a buscaros, y la dama Elvira viene con el objeto de vuestro deseo. Traed el elenco y dadme un minuto: hoy será vuestra.

MINISTRO.- O este puñal, lo juro, hará su funda en tu pecho. (*Va saliendo*) Tienes mi palabra.

*(El ministro sale por fin muy ufano. En cuanto desaparece, y por el lado opuesto, asoma la cabeza de una vieja señora enlutada. La dama examina la estancia con cuidado y explora las puertas, sigilosa)*

MAESTRO.- ¡Señora! Vuestra sobrina os busca, y...

*(La señora saca un puñal como un relámpago y apoya el filo en la garganta del maestro. Cuando habla su voz es sorprendentemente viril).*

DUQUE.- ¿Eres el maestro de escena? ¡Ni una palabra!

*(La dama se retira el velo; hay debajo un rostro severo de mal augurio).*

MAESTRO.- ¡Santaespina! ¡Señor!

DUQUE.- ¡Ni una! ¿Eres el maestro de escena? *(El maestro asiente)*  
¿Ha de venir mi esposa? *(Asiente)* ¿Y el príncipe? *(Asiente)* Voy  
a esconder el puñal. Si gritas, o corres, o me enfadas, me bastan  
las manos, ¿has entendido bien? *(El maestro asiente y el duque  
guarda el puñal en los faldones)* Habla ahora despacio y claro.  
¿Es cierta mi sospecha?

MAESTRO.- Si tenéis a bien explicarla...

DUQUE.- ¡El príncipe la ama! ¿Qué otra razón puede haber? He  
contado dos mil doscientas terneras lechales, y cuatro mil cien  
vacas. De buena planta, por cierto. ¿Puedes creer que producen  
doce mil litros de leche?

MAESTRO.- ¿A la semana?

DUQUE.- *(Con orgullo)* Al día. Buena leche, densa, perfecta para  
requesón. ¿Pero debo yo, el duque de Santaespina, mariscal del  
reino, contar las vacas de provincias? Es obvio que el príncipe  
me quiere lejos, y sólo encuentro una razón: mi dama Elvira.  
Algo habrá de verdad cuando mi buena hermana se ha prestado  
a la farsa. Y dime ahora, ¿es cierta mi sospecha?

MAESTRO.- Ante vos caiga muerto si he visto nada. Y doy testimo-  
nio de que vuestra esposa es la mujer más fiel y piadosa que  
he conocido.

DUQUE.- Mal negocio son los celos. No como, no duermo, no  
parezco yo.

MAESTRO.- No hay duda.

DUQUE.- No me iré sin una certeza. Escucha bien, que te va la vida en el juego. Mi hermana se esconde; yo, así vestido, me propongo espiar al príncipe.

MAESTRO.- Sois dos gotas de agua. Si forzáis la voz y os cubre el velo nadie podría imaginarlo.

DUQUE.- Pero voy rumiando un temor. Dijo mi hermana que hacía papel de pastora. ¿No verán que no sé mis frases?

MAESTRO.- No hay cuidado: sólo son doscientas.

DUQUE.- ¿Estás de broma? ¿Y si finjo una amnesia?

MAESTRO.- Os llevarían al cuidado de un doctor y no habría vigilancia.

DUQUE.- Estoy muda.

MAESTRO.- Entonces no hay ensayo.

DUQUE.- Me pareces un hombre sensato. Siendo el maestro de escena, podrías salir en mi ayuda. Dame otro papel, por ejemplo, y será natural que no conozca el diálogo.

MAESTRO.- ¡Señor mío! ¡No sabéis lo que estáis pidiendo! Acabemos: matadme.

DUQUE.- Soy un mecenas. Antes de recurrir al acero, ¿no prefieres...?

MAESTRO.- ¿El oro? ¡No lo haría por treinta ducados!

DUQUE.- En esta bolsa hay cuarenta. Date prisa, que hay opción de metales.



(Se oyen voces. El maestro parece indeciso; pronto, de un tirón, se hace con la bolsa).

MAESTRO.- ¡Que no os traicione la voz! ¡Improvisad!

DUQUE.- (En falsete) ¡Pobre de mí! Me tiembla la babilla.

(Entran el príncipe, el ministro, y la dama Elvira. El duque ha dejado caer el velo y adopta un aire muy femenino).

ELVIRA.- ¡Señora! Os he buscado por todas partes.

PRINCIPE.- ¡Al ensayo entonces! No perdamos tiempo, que el maestro debe hacer... su trabajo.

MINISTRO.- Eso esperamos todos, señor maestro.

ELVIRA.- Venid conmigo, tía. Aquí a mi lado.

MAESTRO.- Que la compañía me conceda su atención. (Todos, excepto el maestro, toman asiento) El objeto de un drama es la compasión del público. Un actor la despierta con sutiles maniobras, pero vuestras mercedes, con perdón, no son actores. Debéis tomar una decisión, y os recuerdo que apremian los plazos. Todavía es posible conquistar la emoción del público; costoso, pero posible. He meditado despacio mi propuesta porque sólo encuentro una solución: es un problema de reparto. Puesto que vuestras mercedes carecen de la técnica precisa debemos acomodar los papeles a las virtudes naturales. Y esto nos lleva, inevitablemente, a la dama Elvira.

ELVIRA.- (Con ojos húmedos) Lo sabía. ¡Soy tan torpe!

MAESTRO.- Al contrario, mi señora. Dejadme terminar. Que el príncipe preste a Pericles su grandeza; que el ministro infunda su prudencia en San José. Decidme ahora si el donaire de la pastora no exige la gracia de la dama Elvira.

ELVIRA.- ¡Maestro! ¿Yo, la pastora?

MAESTRO.- Que la dama Elvira derrame su soltura sobre la pastora; que su tía sea la santa venerable. No os voy a ocultar el esfuerzo que supone. Pensad, por ejemplo, que la buena señora desconoce esa parte del drama.

ELVIRA.- ¡Es una parte pequeña! ¡Y yo sé decir la pastora! ¿Os importa, tía?

MAESTRO.- ¿Os importa, señora?

DUQUE.- *(Tras un largo y tenso silencio, con voz aguda)* No.

MAESTRO.- ¿Satisface mi propuesta a vuestras mercedes?

PRINCIPE.- En grado sumo.

MINISTRO.- Superlativo.

PRINCIPE.- ¿No exige el arte sacrificios?

MINISTRO.- El público merece lo mejor.

ELVIRA.- ¡La pastora! *(Recita)* "¿Dónde vais, doncel? ¿Qué me queréis?"

MAESTRO.- ¡Cada cual a su lugar! ¡Pericles y la pastora!

ELVIRA.- No os preocupe, tía. Son palabras fáciles.

MINISTRO.- Yo os conduciré. Venid.

*(El príncipe y la dama Elvira ocupan el proscenio de la tarima; a un lado, al fondo, esperan María y José. Unos y otros recogen algún objeto de utilería. El maestro espera en su escaño de dirección. Hay un silencio expectante).*

MAESTRO.- Pericles y la pastora.

PRINCIPE.- (*Recitativo*) "¿No fue mi promesa la vigilia, el dolor, y el camino? No; me niego la primitiva naturaleza de los sentidos. Me arrobo en el dulce sacrificio de los pasos. Ah, qué solo está el paisaje. Pero no: hete aquí que una pastora sale a mi encuentro. Cómo es discreta la doncella, y cómo triscan los pacíficos corderos. Sabrá sin duda la buena nueva. Buen día, mi pastora."

ELVIRA.- "¿Dónde vais, doncel? ¿Qué me queréis?"

PRINCIPE.- "Sin duda que buenas sabéis, mi pastora" (*Interrumpe el diálogo*) ¿No me muestro muy afectivo?

MAESTRO.- Como el granito. ¿Os tomaréis en serio vuestro papel? El rey de Atenas, árbitro de la elegancia, un perfecto caballero, tropieza con la pastora. ¿No será más gentil? ¿No le besará la mano?

PRINCIPE.- ¿La mano, dices? ¿Como un cortesano? ¡Soy el príncipe!

MAESTRO.- ¡Sois Pericles! Besadla.

PRINCIPE.- ¡Es tan enojoso! (Recita) "Sabrá sin duda la buena nueva. Buen día, mi pastora" (*y le besa la mano con deleite*).

MAESTRO.- ¡Emoción! ¡Disciplina!

PRINCIPE.- "Buen día, mi pastora" (*y besa la mano apasionadamente*).

ELVIRA.- (*Algo turbada*) "¿Dónde vais, doncel? ¿Qué me queréis?"

MAESTRO.- No, señora mía, no. Decid bien las pausas. (Recita) "¿Dónde váis, doncel? ¿Qué, me queréis?" Y mostraos un poco más... receptiva. Lo mismo, sire: puntos y pausas.

ELVIRA.- "¿Dónde váis, doncel? ¿Qué, me queréis?"

PRINCIPE.- "Sin duda". (*Y la besa de nuevo y abraza su cintura*)  
"Qué buena sabéis, mi pastora".

MAESTRO.- Perfecto.

ELVIRA.- ¿No os parece demasiado efusivo? Me siento incómoda.

MAESTRO.- ¡Sí! ¡Sonrojaos, señora! ¡Qué estupenda aportación! ¡Qué sensibilidad, qué fuerza! ¡Dios os bendiga!

MINISTRO.- Perdón, maestro...

MAESTRO.- Ahora estoy con vos.

MINISTRO.- Sólo una sugerencia. ¿No parecerá extraño que mi esposa y yo ... ? En fin, acaba de darme un hijo.

MAESTRO.- Tenéis razón. Tomadla de la mano.

DUQUE.- (*Siempre con su falsete*) ¡No!

MAESTRO.- Comportaos, señora.

DUQUE.- ¿Puedo consultar una duda con cierta discreción? (*Baja de prisa de la tarima y arrastra al director en un aparte. La compañía aprovecha seguramente para consultar sus guiones*).  
Ya estás muerto. ¿Te has vuelto loco?

MAESTRO.- ¿Queréis que sospechen? Dadle la mano y sed juiciosa.

DUQUE.- ¿Y el príncipe? ¡La ha besado! ¡Ante mis ojos!

MAESTRO.- Es sólo una comedia. Y así comprobáis la virtud de vuestra esposa. ¿No habéis visto cómo le desagrada? Haced vuestro papel, señora, o ambos estamos muertos.

(*El duque ocupa su lugar en la tarima*).

MINISTRO.- ¿Debo besar su mano?

MAESTRO.- Os lo ruego, de vez en cuando.

MINISTRO.- Con vuestro permiso, señora (*y le toma de la mano*).  
No os preocupéis: nuestra escena es corta. Y entre la vaca y el  
buey apenas hay movimiento.

DUQUE.- ¿La vaca? ¿Con su lomo, y su aguja, y su costillar? Lo sé  
todo sobre vacas. ¿Sabéis que una vaca alpina ... ?

MAESTRO.- (*Carraspea*) Silencio, señores, señoras. Sire...

PRINCIPE.- (*De rodillas frente a la dama Elvira, en un embeleso que  
poco a poco se hace carnal y sustantivo*) "Veo en vuestros ojos  
que habéis leído las señales. No preguntéis dónde me lleva el  
camino: vos lo sabéis, mi pastora. ¿No comparte mi dicha vuestro  
corazón? Voy en pos del más preciado bien, de la visión más  
dulce, del encuentro más esperado, de la carne que imagino  
estremecida bajo las estrellas. Lo que fue un sueño, blanca  
señora mía, es en esta hora mi compromiso. ¿Podéis decirme si  
he guiado bien mis pasos? ¿No conocéis un atajo para esta  
empresa? He de morir esta noche, pastora, si no consigo mi  
propósito".

MAESTRO.- Ahora escuchad. Sentid cómo se eleva el espíritu. Pericles  
se turba. Turbaos. (*El príncipe, muy convincente, se turba*). ¿Ve  
Pericles a la pastora? No: ve la belleza de la Creación, la her-  
mosura del mundo transfigurado, la imagen misma del amor,  
porque es, fijaos bien, la primera Navidad. ¿Ve Pericles a la  
pastora? Ve el universo, la cara de un ángel, la promesa del  
cielo. Pericles la besa.

DUQUE.- ¡Jamás!

ELVIRA.- ¡Tía!

DUQUE.- Sobre mi cadáver. No me parece una conducta apropiada.  
Es una costumbre que el pudor reserva al matrimonio.

MINISTRO.- (*Entusiasmado*) Estoy de acuerdo.

DUQUE.- Has jurado fidelidad a tu esposo. ¿Recibirás sin pesadumbre el beso del príncipe?

ELVIRA.- No, señora: con toda la pesadumbre. Pero no es el beso del príncipe, sino de Pericles. Y si Pericles es una ficción, ¿no estaré besando el aire?

DUQUE.- He visto mujeres que ha preñado el viento.

ELVIRA.- ¿Qué teme la hermana de mi señor? Nunca había advertido cuánto os parecéis. ¿Cómo puedo ofender esos ojos, señora, si son los ojos de mi esposo? No penséis que me resulta agradable; si os sirve de consuelo ved que no son mis labios, sino la boca de la pastora.

MAESTRO.- Pericles, besadla.

*(El príncipe besa a la dama Elvira. El duque no puede contener un grito desgarrador y cae sin sentido. Hay un enorme revuelo).*

MINISTRO.- ¡Sales! ¡Sales!

ELVIRA.- ¡Tía! ¡Tía!

PRINCIPE.- Qué virtud tiene la dama. Nunca he visto nada igual.

ELVIRA.- ¡Ha perdido el sentido!

PRINCIPE.- Llevadla a mis habitaciones, pronto.

*(La dama Elvira y el ministro aúpan con esfuerzo al duque, y salen los tres entre lamentos).*

MAESTRO.- Os lo advertí: todo son desgracias.

PRINCIPE.- ¿Qué hablas? ¿Cabe mayor alegría? ¿No has visto que la he besado?

MAESTRO.- Es mal asunto mezclar la ficción y la vida. ¿Habéis visto vos la reacción de la señora? Imaginad qué pensará el hermano.

PRINCIPE.- ¡Santaespina queda lejos, maestro, y anda sumando bueyes! Conozco al duque; una distinción, unos honores, y asunto zanjado.

MAESTRO.- Tal vez Santaespina prefiera zanzaros a vos.

PRINCIPE.- Qué tontería. Es un pusilánime. No es capaz de levantar su mano contra mí, y yo soy incapaz de resistir la tentación. *(Recita, como siempre, con una musical pedantería)* "Amor, invencible en la batalla, Amor, que te arrojas en medio de las fieras, que pernoctas en las tiernas mejillas de la doncella, y vas y vienes por el ponto y las rústicas cabañas; nadie de ti se escapa, ni entre los inmortales, ni entre los hombres efímeros. Quien te posee, queda enloquecido".

MAESTRO.- *(Sinceramente sorprendido)* ¿Sófocles?

PRINCIPE.- Seguramente. No está mal; no del todo, aunque sobran palabras.

MAESTRO.- ¿Recitáis a Sófocles y no conocáis la leyenda de Hipómenes?

PRINCIPE.- No he leído a Sófocles, para ser exactos. Trocitos de inspiración erótica, que son muy socorridos para el cortejo. Sé uno de Catulo. Particularmente prefiero los grabados.

MAESTRO.- ¿Cómo puede un cristiano ser tan voluntarioso en su ignorancia?

PRINCIPE.- No me ofendas. Soy un hombre letrado. ¡César!

MAESTRO.- ¿César?

PRINCIPE.- ¡Bla! ¡Zas! No bla-bla-bla. Economía. Brillante.

MAESTRO.- Tosco.

PRINCIPE.- Idiota.

MAESTRO.- No quiero escucharos.

PRINCIPE.- ¿Tenéis algo que añadir, señor mío?

MAESTRO.- No. (*Un silencio*) ¡Sí! (A gritos) ¿Pretendéis comparar a Sófocles con vuestro patético calvo bujarrón de Ariovisto? ¡La Galia está dividida en tres partes! ¡Ja!

PRINCIPE.- (*A gritos*) ¿En cuántas partes queréis, don Atlantis? (*Burlón, cruel. Con grandes voces*) La Galia ubérrima, patria nacional de duras piedras, de noche fría, de agua húmeda, mojada, líquida, se halla dividida en tres partes tripartitas, trípticas, trípodas, trípticas...

MAESTRO.- ¡Neoático! ¡Sois un neoático!

PRINCIPE.- ...triptongos, trisagios, y trirremes.

MAESTRO.- (*Con un esfuerzo de autodomínio*) Sire... Me voy. No soy necesario. Sabéis vuestro papel (*y hace ademán de salir*).

PRINCIPE.- (*Autoritario*) ¡Maestro! (*Y el maestro se detiene, rígido y orgulloso, ofreciendo la espalda al príncipe*). La audiencia no ha terminado; el maestro podrá retirarse cuando tenga mi permiso.

MAESTRO.- Añadiré esa gracia a vuestro desprecio. Dejadme ir.



PRINCIPE.- Todavía no. (*Condescendiente*) Cálmate. Administro mejor mi desprecio. De hecho tengo grandes proyectos para ti. ¿Guardarás un secreto?

MAESTRO.- Estoy bajo contrato.

PRINCIPE.- Aníbal. Aníbal camino del Gólgota, separando las aguas del Jordán, en una carrera contra el tiempo. Nuestro Señor Jesucristo, Aníbal, las masas... No aquí: un gran teatro, maestro.

MAESTRO.- ¿Aníbal camino del Gólgota?

PRINCIPE.- (*Triunfal*) Aníbal contra Pilatos. En confidencia, Jesucristo no muere en la cruz. Es Pilatos. Esa parte es confusa. Yo pondré la idea, maestro, y tú la escribirás.

MAESTRO.- Podéis hacerlo vos.

PRINCIPE.- ¿Yo? No. Quiero emoción. La compasión del público.

MAESTRO.- Podéis hacerlo vos. ¡Intento deciros que sois capaz! Sabéis transmitir emociones; tenéis esa virtud. Sólo necesitáis pasión. ¡La lista! Habéis dicho: la muerte escrita con largas palabras negras.

PRINCIPE.- Cuarenta cadáveres que desconozco.

MAESTRO.- Dejaos llevar.

PRINCIPE.- ¿Cómo puedo odiar un rostro que no he visto?

MAESTRO.- No necesitáis palabras; necesitáis ideas. Una base sólida. ¿No os dais cuenta?

PRINCIPE.- ¿Y Aníbal?

MAESTRO.- Absurdo. (*Entusiasmado*) Yo os daré el argumento, y podréis escribir con pocas palabras si os viene en gana. El

príncipe no necesita un gramático, sino un tutor. No penséis en un tablado, sire. Podéis guiar un país entero con espíritu artístico.

PRINCIPE.- ¿Así lo crees?

MAESTRO.- Sé distinguir el buen grano. Os negáis la belleza por indolencia, pero vos, sire, vos... tenéis alma de poeta.

*(Hay un instante de silencio. El príncipe mira el vacío; luego se sacude las tentaciones como moscas).*

PRINCIPE.- ¡Palabras! ¡La he besado! Ah, maestro, he notado la emoción en esa boca. Yo temía el beso frío de la pastora y he encontrado los labios de la dama Elvira. No era el beso de Pericles. ¡El mío!

MAESTRO.- *(Con una sonrisa que casi parece paternal)* ¿Qué esperábais? No es una actriz. Y algún día os contaré dos o tres cosas de las actrices.

*(Entra el Ministro).*

PRINCIPE.- ¿Ha vuelto en sí la señora?

MINISTRO.- Y de qué modo. Primero, sire, hablaba en sueños con voz ronca.

PRINCIPE.- Sin duda me lanzaba maldiciones.

MINISTRO.- No os lo creeréis: contaba bueyes. Le he tomado la mano, con fines estrictamente quirúrgicos, para sacarla de su delirio, y ha salido. Me ha dado un bofetón.

MAESTRO.- Sois un seductor.

MINISTRO.- Ahí ha quedado con la dama Elvira, y ahora vienen las dos. Y aprovecho este breve descanso para insistir: la lista, sire.

PRINCIPE.- No descanso: estudio mi Pericles.

MINISTRO.- Sire...

MAESTRO.- Sire...

PRINCIPE.- (*Suspiros*) Tienes mi palabra. Cuando acabe el ensayo firmaré. Ah, y quiero el expediente de Colodrón y el estado de banderas. Voy a introducir mejoras.

(*Entran la dama Elvira y el duque en animada conversación*).

DUQUE.- Y por eso dice el cronista: "Ad huius animalis speciem homines qui referentur erunt indociles et tardiores". Y es injusto, por cierto, porque no hay animal con el tesón del buey.

ELVIRA.- ¿No es estúpida la vaca?

DUQUE.- Tiene mala fama.

PRINCIPE.- Me alegra veros entretenida. ¿Os encontráis mejor, señora?

DUQUE.- Aliviada. La conversación de mi sobrina es...

MAESTRO.- ¿De vuestro gusto?

DUQUE.- Y tranquilizadora.

ELVIRA.- ¡Me ha contado tantas cosas de él! De su grandeza, su hidalguía, su inteligencia, su fuerza...

PRINCIPE.- ¿Del buey?

ELVIRA.- De mi esposo.

PRINCIPE.- Qué gran hombre.

DUQUE.- ¿He notado un matiz de sarcasmo?

PRINCIPE.- De sincera admiración. Vuestro hermano, señora, es mi mejor mariscal de campo.

DUQUE.- De campiña.

PRINCIPE.- ¿Y cuándo decís que vuelve?

ELVIRA.- De aquí a tres días si no hay novedad.

PRINCIPE.- Que no la habrá, si no interviene algún rufián. Me alegre; será un espectador muy crítico.

MAESTRO.- ¡Si hay drama! ¿Quieren vuestras mercedes ocupar sus puestos? (*Se disponen*) No lo olvidéis: inspirad... expirad... inspirad... Esas voces, por favor, arriba... (*y la compañía ensaya sonidos agudísimos*), abajo... (*y hay un coro de voces graves sobre el que destaca, de veras grave, la voz del duque*). Relajaos. Si os tiemblan las rodillas durante el estreno, que os temblarán, dobladlas ligeramente. Saltaremos el episodio de la pastora y el encuentro con los magos. Pericles en Belén.

PRINCIPE.- (*Recitativo*) "Soy Pericles, monarca del Atica ubérrima, país de grandes tesoros. ¡Ay, si soy miserable! Pudiendo escoger el más bello no os traigo sino esta triste manzana" (*y tiende al duque la mano vacía*).

MAESTRO.- ¡Manzana!

MINISTRO.- (*Al duque*) Manzana.

DUQUE.- (*Al príncipe*) Manzana.

PRINCIPE.- (*A Elvira*) Manzana.

(*La dama Elvira corre hasta un cesto, toma una manzana, la deja en la mano del príncipe y vuelve sin fuelle a su sitio*).

MAESTRO.- "Pudiendo escoger el más bello..."

PRINCIPE.- "...no os traigo sino esta triste manzana" *(y se la tiende al duque. Santaespina hace grandes esfuerzos para leer su texto, que lleva en la mano).*

MAESTRO.- Aplicaos, señora.

DUQUE.- No leo.

MAESTRO.- Improvisad. No os preocupe.

PRINCIPE.- "...no os traigo sino esta triste manzana".

DUQUE.- Ah.

MINISTRO.- "No te aflijas, Pericles de Atenas, pues no imagino mejor tesoro; vida obsequias a la vida; la fruta de la tierra al fruto de este vientre". ¿Debo... ? *(A una señal del maestro, el ministro abraza al duque con ternura).*

PRINCIPE.- "Yo pensé en mi locura que era rico y poderoso. Vos, benéfica virgen mía, sois dueña de la dicha que prefiero".

DUQUE.- *(Mirando a Elvira)* Ya.

PRINCIPE.- "Vos besáis la criatura. Vos la abrazáis en su tibia desnudez. Si os place mostrarme el cielo, ¿puedo tocarla?"

*(El duque, fuera de sí, se arroja al cuello del príncipe. En un tremendo alboroto se esfuerzan por romper la enérgica presa de Santaespina).*

ELVIRA.- ¡Tía! ¡Os perdéis!

MINISTRO.- ¡Señora! *(A gritos)* ¡Hay traición!

*(Finalmente los separan. El príncipe está morado. Santaespina está rojo).*

MAESTRO.- *(Al duque)* ¡Conteneos, señor!

PRINCIPE.- ¿Yo? ¿Que yo me contenga?

ELVIRA.- Disculpad a mi tía, que no está en el mundo.

PRINCIPE.- De eso me encargo yo.

ELVIRA.- (*De rodillas ante el príncipe*) ¡Sire! ¡Favor!

MAESTRO.- No la culpéis. Ha sido seguramente un episodio de...  
fiebre de la actriz.

PRINCIPE.- Nunca oí nada parecido.

MAESTRO.- No sois actor. Sucede a veces, cuando la actriz se  
introduce violentamente en su personaje. Es un fenómeno ha-  
bitual. ¿Podréis controlaros, señora?

DUQUE.- Lo intento.

MAESTRO.- Hacedlo. A veces provoca la muerte sin remedio.

DUQUE.- Disculpadme, sire. Temí de repente que... pudierais hacer-  
le algo al niño. Hay tanta inseguridad en los caminos... Belén,  
Herodes, qué sé yo.

PRINCIPE.- Os perdono. Pero calmaos, señora, que es un juego. Por  
Dios que sois una familia agresiva.

ELVIRA.- ¿Y no será la fiebre contagiosa?

MAESTRO.- No suele.

MINISTRO.- (*Mimoso*) ¡Qué fuerza tenéis, señora!

PRINCIPE.- Lo que puede el amor de madre.

MAESTRO.- Probemos de nuevo. A su lugar. (*La compañía ocupa  
la tarima aclarando la voz. El maestro suspira.*) ¡Jesús!

MINISTRO.- *(Al duque)* Jesús.

DUQUE.- *(Al príncipe)* Jesús.

PRINCIPE.- *(A Elvira)* Jesús.

*(La dama Elvira busca desconcertada en los arcones. El maestro de escena explota).*

MAESTRO.- ¡Basta! ¡Disciplina! ¡No pido tanto! ¿Podéis poner un poco de atención?

PRINCIPE.- ¿Qué tono ... ?

MAESTRO.- ¡En esas tablas sois Pericles! ¡Pericles, calla!

PRINCIPE.- ¿Cómo os atrevéis ... ?

MAESTRO.- ¿Cómo os atrevéis vos? Hace siglos, señores, antes de que vuestros antepasados tuvieran la ocasión de fornicar, los abuelos de mis abuelos de mis abuelos eran ministros de Dios. ¿Pueden vuestras altísimas e ilustrísimas señorías poner su atención en este sacramento? ¡Pisáis el suelo del gran Plauto, de Eurípides, de Pacuvio, de Frínico, de Menandro, de Séneca! ¡Accio, Titinio, Nevio, Pratinas, Andrónico! ¡Mnester! Y varias generaciones de hijos de la gran puta que esperan, señorías, que respetéis el suelo que pisáis. ¡Aficionados! ¿Creéis que el público os preguntará, a vos, señor, si os ciñe la levita? ¿Espera el público una disculpa, ministro? ¿No guardáis en vuestro corpiño una sombra de modestia? No tenéis derecho a convocar al público sin ofrecerle un sacrificio. ¿Os preguntará, sire, cuando perdáis el aliento? ¿A vos, ministro, cuando perdáis el hilo? ¿A vos, niña, cuando la sencilla exaltación de vuestra belleza no baste al público? Yo os maldigo, diletantes, blasfemos, apóstatas... Lanzáis la voz y os cae a los pies; olvidáis el texto; os importa poco si esto es Belén, o el Vaticano, o las santas malditas

antípodas. ¡Yo, señor, os niego! ¡No es un juego! ¡Es mi oficio! Y mientras seáis Pericles y esto sea el Nacimiento, por Dios os juro que haréis lo que yo diga.

*(El silencio es abrumador. La compañía permanece absolutamente quieta, sobrecogida en una confusión de, espanto y admiración. El maestro recorre despacio el camino a su taburete, recogiendo papeles, respirando hondo, moroso y aliviado. Se, sienta. Sonríe).*

MAESTRO.- Da capo, signore.

*(El príncipe se mueve con torpeza, lívido, sin dejar de mirar al maestro de escena).*

PRINCIPE.- *(Con sus titubeos)* "Soy Pericles, monarca del Atica ubérrima, donde las manzanas... Soy del Atica, yo, Pericles..."

*(El maestro hunde la cara entre las manos; cuando la levanta no hay en ella un atisbo de cólera. El maestro parece de pronto reconfortado).*

MAESTRO.- Bien. Descanso. ¿Alguien tendría la amabilidad de traer agua?

MINISTRO.- Agua, maestro.

*(Sale el Ministro como alma que lleva el diablo).*

MAESTRO.- Habéis estado magnífico, sire. Tal vez podríais alargar las vocales finales: así: Atica.

PRINCIPE.- *(Con su pasmo todavía)* Atica.

*(La dama Elvira rompe a llorar y sale de escena entre puchereros).*

MAESTRO.- ¿Qué le pasa?

DUQUE.- Disculpad.



*(Y sale tras la dama Elvira).*

MAESTRO.- No me pagáis bastante, sire, o ya soy viejo. Intento pulsar una emoción sublime que, sin duda, duerme en vuestras mercedes. La magia, sire.

PRINCIPE.- *(No ofendido: curioso)* Me has gritado.

MAESTRO.- ¿Sois el príncipe?

PRINCIPE.- Soy el príncipe.

MAESTRO.- No os he gritado, y no debería importaros: era una conversación entre mi primer actor y yo. ¿Por qué renunciáis a la perfección? Sólo media un pequeño esfuerzo entre el juego y la excelencia.

PRINCIPE.- No has debido gritarme en presencia de otros.

MAESTRO.- Me disculparé ante ellos si queréis. Y siempre podéis romper el contrato, sire. Pero habéis comprado mi autoridad. ¿Pensáis que a mí me agrada? Dejad que gobierne esta escena como quiera.

PRINCIPE.- No es una cuestión de autoridad.

MAESTRO.- Siempre lo es.

*(Entra el ministro con el agua; el maestro no vuelve la cabeza).*

MINISTRO.- Agua.

MAESTRO.- ¿Ministro? *(Un breve silencio)* Salid. *(Y el ministro deja el vaso sobre un arcón sin un pestañeo, y sale)* Lo es.

PRINCIPE.- Te envidio. ¿No dudas nunca?

MAESTRO.- Nadie espera que dude. *(Se levanta, busca el agua, bebe)* Venid, sire, os enseñaré algo. Cuando acabe el drama debéis inclinaros ante vuestro público. *(El maestro hace una reverencia hacia el público; el príncipe ensaya)* No así. No es una recepción de embajadores. Inclinaos con gratitud, con modestia, recordad, modestia, disciplina, oficio, uno, dos, tres, uno, dos, tres...

*(Ambos siguen practicando sus reverencias mientras hablan; si coinciden frente a frente tal vez se permiten una pequeña broma de protocolos).*

PRINCIPE.- ¿No puede dudar un hombre?

MAESTRO.- Un hombre sí. Uno, dos, tres...

PRINCIPE.- Pero tú has dicho que puedo gobernar un país con espíritu de artista. ¿No dudan los artistas?

MAESTRO.- *(Se detiene un momento; luego sigue con sus reverencias)* No dudéis ante testigos. Y ante la duda no dudéis. Los artistas y los príncipes buscan la eminencia de sus obras. Y una cosa es la búsqueda, sire, y otra muy distinta el desconcierto. Tal vez os falte...

PRINCIPE.- Oficio. Disciplina.

MAESTRO.- Modestia.

*(Bruscamente, el príncipe interrumpe las reverencias; revisa sus bolsillos, mira sobre los arcones. Encuentra un rollo, lo abre, lee).*

PRINCIPE.- "Pericles y el manzano" *(y arroja el papel con desgana).*

MAESTRO.- ¿Os ayudo?

PRINCIPE.- ¡La lista! *(Y ahora buscan los dos)* Por término general, ¿en cuánto tiempo se hace un poeta?

MAESTRO.- Depende. A veces toda la vida, y a veces hasta que viene la muerte.

PRINCIPE.- ¿Y si pago más?

MAESTRO.- Minutos.

*(El maestro da con el rollo y lo extiende al príncipe. El príncipe examina el sello; no lo rompe).*

PRINCIPE.- *(Ensayando su reverencia)* Uno, dos, tres... *(Llamando)* ¡Ministro! Modestia y disciplina. ¿Algo más?

MAESTRO.- Algo esencial: no os detengáis a recoger las manzanas. Seguid vuestro camino, Pericles.

PRINCIPE.- ¿Cuánto te estoy pagando?

MAESTRO.- Cuarenta escudos, sire.

*(Entra el Ministro. El príncipe lo recibe con su reverencia y una amabilidad algo empalagosa).*

PRINCIPE.- Siéntate, ministro. ¿Estás cómodo? Circular al Ministro de Guerra, por favor: señor: se os convoca a palacio para conocer determinados asuntos relativos al estado de banderas. Sois un gran hombre y muy marcial. Disponed los volantes para la disolución del Tercio de Riberas. Yo, el príncipe, etcétera.

MAESTRO.- Colodrón.

PRINCIPE.- Circular al marqués de Colodrón: enhorabuena. Yo, el príncipe, etcétera.

MINISTRO.-, ¿Copia, sire?

PRINCIPE.- Copias. Cientos de copias.

MINISTRO.- (*Observando el rollo en las manos del príncipe*) Y...  
¿algo más, sire?

PRINCIPE.- Sí. Más palabras.

(*El príncipe no llega a desplegar la lista; entran la dama Elvira y el Duque. La niña tiene ahora los ojos hinchados*).

MAESTRO.- (*Cortés, a la dama Elvira*) ¡Señora! Siento haberos asustado.

ELVIRA.- Estoy cansada. Hoy no ensayaré más.

MAESTRO.- ¿Y no puedo pedirlos un último esfuerzo?

ELVIRA.- Tengo algo que anunciar. Sire... Abandono la compañía.

PRINCIPE.- ¿Qué decís?

ELVIRA.- Que no quiero quejas sobre mi corpiño. Es obvio que el maestro de escena no me cree capaz.

MAESTRO.- ¡Señora! ¡No imagino a mi pastora con un rostro distinto al vuestro!

PRINCIPE.- ¡A tres días! ¡Tres días!

MAESTRO.- He sido brusco con vos. ¿No veis que me preocupo?  
¿No veis que quiero lo mejor para mi niña?

PRINCIPE.- ¡Ahora no! Tengo proyectos para vos. (*Y la lleva dulcemente aparte*)

DUQUE.- (*Al maestro, confidencial*) Estás muerto. Voy a contar tus latidos. Voy a beber tu sangre. Te veré ahorcado por esto.

PRINCIPE.- (*A la dama Elvira, confidencial*) Estoy vivo por vos. Oid mis latidos. Sentid cómo corre la sangre. No me dejéis colgado en este trance.

DUQUE.- *(Al maestro)* ¡Hablar de ese modo a mi esposa! ¿Qué os preocupa su corpiño? Si, carne de mil batallas: tengo en tu corazón un interés profesional.

PRINCIPE.- *(A la dama)* Si os hablo así, señora, es sencillamente por un interés profesional. Me preocupo por la actriz que esconde ese corpiño. Más tarde, a solas, quizás encuentre mejores razones para vuestro consuelo. Por ahora, señora mía, prometed que no escaparéis de mí.

DUQUE.- *(Al maestro)* No escaparás de mí, rata despreciable. Busca consuelo en tus oraciones, porque más tarde nos hemos de ver a solas.

*(El duque y el príncipe se separan de sus contertulios; se cruzan en el centro de la escena con una sonrisa forzada y maneras exquisitas).*

PRINCIPE.- Señora...

DUQUE.- Señor...

PRINCIPE.- *(Al maestro, confidencial)* Dile algo. Haz algo.

MAESTRO.- ¡Os lo advertí! ¡Os lo dije!

*(El maestro cruza la escena para postrarse ante la dama Elvira; el ministro, con disimulos, arrastra a un lado al duque).*

MINISTRO.- *(Al duque, aparte)* He advertido que no sabéis el papel. No os enoje. Si vos y yo encontramos un lugar discreto, lejos de toda mirada, tal vez pueda servir de ayuda. Os diré algo: me necesitáis. ¿Hay algo más normal entre esposos?

MAESTRO.- *(A la dama Elvira)* No os enojéis conmigo. Os necesito. Nadie como vos conoce el papel. Ahora que estamos en privado, dejad que os diga algo: hacedlo por vuestro esposo. ¿Habr

algo más bello entre una mujer y su marido? (*En voz alta*) ¡Que la compañía me preste su atención!

(*Y la compañía, con miradas fugaces que se intercambian, rodea disciplinada al maestro de escena*).

PRINCIPE.- ¿Sigue el ensayo?

MAESTRO.- Más tarde. Ahora os guardo una instrucción. ¡Calmaos! Serenad el ánimo, que el éxito es seguro. Poned los ojos en la dama Elvira. ¿Cabe en la imaginación una pintura más precisa del donaire, de la elegancia, de la discreción? ¿No es exactamente la pastora? Ved el príncipe. ¿Quién sino un gobernante disciplinado puede dar vida a Pericles? ¿Dónde hay tanto oficio? Esta mujer que veis, ¿no es una virgen? ¿No se diría que no la ha rozado en efecto la mano de un hombre? Vos, ministro, ¿no sois vos un santo varón? Que muera hoy si miento: seré la envidia de otros maestros. En cuanto a mí... ¿No os he gritado? ¿No he sido molesto, grosero, impertinente, y deslenguado? ¿No he sido el alfiler que os pinchaba, la espuela que os hacía veloces? No es fácil el gobierno de esta cámara, pero alguien debe hacerlo. ¡Oficio! ¡Disciplina! Salid ahora. Que os dé el fresco en la cara. Descansad unos minutos.

PRINCIPE.- (*Aplaude*) ¡Lindas palabras!

(*Van saliendo, menos el príncipe*).

MAESTRO.- (*Besa la mano de la dama Elvira*) Confiad al aire vuestras penas; pero cubrid esa garganta.

(*Sale la dama Elvira*).

DUQUE.- (*Al maestro, en voz baja y despectiva*) No te perdono. Esta noche.

(*Sale el duque*).

MINISTRO.- Con vuestro permiso no perderé el tiempo: la señora necesita que la repasen.

MAESTRO.- Sólo unos minutos, señor.

MINISTRO.- Bastarán de momento. Sire... La lista, sire.

*(Y sale el ministro).*

PRINCIPE.- ¿Lo ves, maestro? Tanto mayor es la alegría, tanto más entusiasmo pone el mundo en romperla.

MAESTRO.- *(Aplaude)* ¡Lindas palabras!

PRINCIPE.- ¡Palabras! ¡Cuántas palabras! *(Pensativo)* ¿Tanto te gusta César?

MAESTRO.- Puede que me haya excedido. Reconozco que es elegante. Sobrio, pero elegante.

PRINCIPE.- ¡Bla! No bla-bla-bla. Economía. Maestro, ¿cuántas palabras necesita un hombre para ser un poeta?

MAESTRO.- Dos. Oficio....

PRINCIPE.- ¡Disciplina! ¿Habría firmado César?

MAESTRO.- ¡Señor! ¡César firmó! ¿Creéis que se lavó los pies en el Rubicón? ¿Que se detenía en los manzanos?

PRINCIPE.- Sea entonces.

*(El príncipe rompe el sello y lee. El maestro pasea por la tarima, hace reverencias, ordena la escena).*

MAESTRO.- Con respecto a Aníbal, sire, debo decir que no es descabellado. Pero olvidad el Gólgota. Yo os sugiero que centremos el argumento en los Alpes. Imaginad a Aníbal en la

soledad de su tienda. Al fondo, a la derecha, hay arcones; una armadura. Por una abertura, a la izquierda, vemos las luces del campamento y, arriba, los Alpes. Un líder frente a su objetivo. En el centro... *(El maestro enmudece al levantar la vista. El príncipe ha dejado de leer; tiene la mirada perdida)* ¿Qué os sucede?

PRINCIPE.- *(Tiende despacio la lista)* Lee.

*(El maestro repasa los nombres).*

MAESTRO.- Es un error.

PRINCIPE.- ¿Qué has hecho?

MAESTRO.- Tiene que haber una confusión.

PRINCIPE.- En mi cabeza.

MAESTRO.- No soy yo. No puedo ser yo. Soy un maestro de escena. ¿Yo soy un peligro, sire? ¿Soy un traidor?

PRINCIPE.- *(Abrumado)* No sé. No juzgo los nombres. ¿Qué has hecho?

MAESTRO.- No podéis. A veces los nombres se parecen. Es un error del copista. ¡No sabe escribir "manzanas", sire!

PRINCIPE.- Has dicho que no debía detenerme. Sin distracciones. Soy el príncipe.

MAESTRO.- Sólo eran palabras.

PRINCIPE.- Has dicho que no debo. Que no dude.

MAESTRO.- Tened caridad.



PRINCIPE.- *(Confuso)* Oficio.

MAESTRO.- Y vos habéis dicho que queríais un rostro. ¿Podéis odiar el mío? ¿No reconocéis esta cara? He dado forma a vuestro sueño. Ahora sois Pericles.

PRINCIPE.- Soy el príncipe. Y tengo que pensar.

MAESTRO.- Sí. Pensad. No en mi nombre, sire. Pensad en mí. Es un error del copista. ¿Qué delito he cometido? ¿Soy un artesano? ¿Puedo parecer yo un hombre peligroso? No; no podéis creerlo. En el fondo de vuestra mente no lo podéis creer. No podéis firmar si no estáis seguro. Buscad, sire. En el fondo de vuestro corazón ha de quedar alguna...

*(Pero no dice la palabra. El maestro ha quedado de rodillas junto a la tarima; sobre ella, al fondo, el príncipe mira sin expresión. Dirá su monólogo avanzando lentamente hacia el proscenio, con una sutil graduación de volumen).*

PRINCIPE.- ¿De veras tenemos opción, maestro? ¿Han dejado las Moiras una duda en su trama? ¿No han escrito un guión macabro y meticuloso, tupido e inquebrantable como un nido de arañas? Soy el príncipe, ¿y tengo que obedecer su dictado, por inútil que parezca? Soy el príncipe, ¿y dejo tal vez de ser humano? ¿De sentir miedo, y compasión, y sorpresa? Soy el príncipe. ¿No debo apartar de mí las emociones y así gobernar como un perfecto mecanismo? ¿Deja de morder la pasión porque soy el príncipe? Si soy el príncipe, ¿no debo cerrar los ojos al destino, que nos hace inmunes a la soberbia? Pero si encuentro una duda, una, ¿no podré cambiarlo porque soy el príncipe? *(Silencio. Cuando habla de nuevo lo hace con voz dulce y aflautada y el ligero esbozo de una sonrisa)* Porque soy el prín-

cipe haré ambas cosas. Voy a firmar, maestro, pero no vas a morir.

MAESTRO.- Sois un poeta, sire.

PRINCIPE.- Pero un mal poeta. ¡Cuántas palabras! Escucha bien. Ocúltate en mi dormitorio. Es el lugar más seguro del palacio, y el más privado. Esta noche podrás huir si tienes cuidado. Luego corre. Mañana no podré protegerte.

MAESTRO.- ¿Qué será del drama, sire? Sólo quedan tres días.

PRINCIPE.- Será un éxito, creo. La compañía es magnífica. Y si no es magnífica seguirá siendo un éxito, porque soy el príncipe.

MAESTRO.- Podéis dirigir vos. Sois Pericles.

PRINCIPE.- Pero un Pericles torpe que se detiene en las manzanas. Fuera. No quiero verte.

MAESTRO.- Cuidad las vocales, sire. *(Va saliendo. Se detiene)* Es un error, creedme. *(Se inclina en una reverencia, y el príncipe responde)* Así no, recordad: uno, dos, tres...

PRINCIPE.- Sois un pelma, señor mío. ¡Maestro! ¿Estuve bien? *(El maestro no entiende)* Las Moiras, las anáforas...

MAESTRO.- A la altura del maestro.

*(Se oyen pasos. El maestro sale deprisa, en el momento en que entra en escena el ministro; viene detrás el duque)*

MINISTRO.- Sire... ¿Continúa el ensayo?

PRINCIPE.- Una pluma, ministro. *(Firma la lista)* Tengo grandes planes para tí, ¿sabes? Un drama púnico. No aquí. Un gran

escenario: cortinas, y palcos, y máquinas. ¿No viene la dama Elvira?

MINISTRO.- Estaba en camino.

PRINCIPE.- Sal a su encuentro y tráela deprisa. Conoce el prólogo.

MINISTRO.- ¿Y el maestro?

PRINCIPE.- Asumo la dirección por diferencia de criterios. ¿Crees que podré, ministro?

MINISTRO.- ¡Sire!

*(Sale el ministro)*

PRINCIPE.- No puede haber fisuras en la dirección. Si algo nos enseña la dramática, es que no debe haber fisuras. ¿Acaso el público disculpará mi torpeza si la encuentra? El gobierno de esta cámara no es una empresa cómoda, pero supongo, señoría, que alguien debe hacerlo. ¿A vos os interesa la dramática? *(Le tiende el rollo. El duque tarda en entender; después lee)* Buscadlo en mi dormitorio, señor duque.

*(Santaespina vacila todavía un instante; bajo el velo no deja de mirar al príncipe. De pronto cruza la escena a grandes zancadas y sale. Por el lado opuesto entra el ministro; trae de la mano a la dama Elvira).*

ELVIRA.- ¿Continúa el ensayo, señor?

PRINCIPE.- Por el principio. El aire fresco os ilumina. Antes del estreno, vos y yo daremos un paseo.

ELVIRA.- ¿Será un éxito?

PRINCIPE.- Sois mi primera garantía. La luz, ministro. *(El ministro va apagando las velas, hasta que sólo se distingue la tarima. La*

*voz del príncipe viene de la penumbra*) ¿Estáis preparada? Da capo, signora mía.

ELVIRA.- (*Frente al público, sonrosada, encantadora, resplandeciente*) "¡Pericles y el manzano!".

**TELON**